

Neo

Juan despierta sin saber la hora. El cielo ilumina la nueva Medellín con una luz parda que hace que los ciudadanos olviden el tiempo. Juan abre su desayuno hidrolizado, lo engulle sin ganas, se viste con gabán, sobretodo y guantes, y sale del subsuelo en el que ha construido su casa para salvaguardarse del rocío de sol que cae desde 2050 y que arruina muros, techos y lacera la piel. Camina diez cuadras hasta llegar a *Neo*, un dispensador automático que funciona en la ciudad desde el 2051, cuando el gobierno decidió regular al pueblo que, en nombre del hambre, soltó la moral y se aferró a la supervivencia salvaje.

La función de *Neo* es dispensar ética comprimida. A cambio de dos granos de maíz, arroja por un pequeño tubo una cápsula de cortesía; tres granos de maíz es el precio de la porción de simpatía y cuatro, el de la paciencia. Pero cuando se trata de valores éticos de mayor peso para la vida en comunidad como la igualdad, el reconocimiento o el afecto, el precio es sumamente alto, mil o dos mil granos de maíz; y ni qué decir del respeto por la vida que se cobra con ocho mil granos y tiene condiciones de uso (la cápsula debe usarse en interacciones con más de cien personas y el producto vence en las 24 horas posteriores a la compra). La gente de esta tierra de luz granadina tiene solo para compras pequeñas y hay quienes, incluso, prescinden de estas adquisiciones que consideran excentricidades. Sobre todo, el respeto por la vida cuyo precio, según comentan, raya con la usura.

Juan hoy solo quiere paciencia. Introduce cuatro semillas, recibe la cápsula, la traga, y este mundo denso se le hace leve por un momento.

Rayo de agua